

Mary Shelley

La Chica Invisible



E LEJANDRIA

Mary Shelley
La Chica Invisible

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA CHICA INVISIBLE

MARY SHELLEY

**PUBLICADO: 1832
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA CHICA INVISIBLE

Esta breve narración no tiene pretensiones sobre la regularidad de una historia, ni sobre el desarrollo de situaciones y sentimientos; no es más que un ligero esbozo, entregado casi tal como me fue narrado por uno de los más humildes actores implicados: tampoco alargaré una circunstancia interesante principalmente por su singularidad y verdad, sino que narraré, tan concisamente como pueda, cómo me sorprendí al visitar lo que parecía una torre en ruinas, coronando un promontorio desolado que se alzaba sobre el mar que fluye entre Gales e Irlanda, al descubrir que, aunque el exterior conservaba toda la rudeza salvaje que denotaba muchas guerras contra los elementos, el interior estaba acondicionado un poco a la manera de una casa de verano, pues era demasiado pequeño para merecer otro nombre. Constaba únicamente de la planta baja, que servía de entrada, y una habitación arriba, a la que se accedía por una escalera hecha en el grosor del muro. Esta cámara tenía suelo de madera y estaba alfombrada, decorada con muebles elegantes; y, sobre todo, para atraer la atención y excitar la curiosidad, colgaba sobre la repisa de la chimenea —pues para preservar el apartamento de la humedad se había construido una chimenea, evidentemente después de que asumiera un aspecto tan distinto al objeto de su construcción— un cuadro sencillamente pintado a la acuarela, que parecía, más que cualquier parte de los adornos de la habitación, estar en guerra con la rudeza del edificio, la soledad en la que se hallaba y la desolación del paisaje

circundante. Este dibujo representaba a una muchacha encantadora en la flor y plenitud de la juventud; su vestido era sencillo, a la moda de la época (recuerde, lector, escribo a comienzos del siglo dieciocho), su semblante estaba embellecido por una mirada de mezcla de inocencia e inteligencia, a la que se añadía la impronta de serenidad de alma y alegría natural. Estaba leyendo uno de esos romances en folio que durante tanto tiempo han sido el deleite de los entusiastas y los jóvenes; su mandolina estaba a sus pies, su periquito posado en un gran espejo cerca de ella; la disposición de los muebles y cortinajes daba muestras de una vivienda lujosa, y su atuendo, evidentemente también de hogar y privacidad, llevaba consigo una apariencia de comodidad y ornamento femenino, como si deseara agradar. Debajo de este cuadro estaba inscrito en letras doradas: «La chica invisible».

Vagando por un país casi deshabitado, habiendo perdido el camino y siendo sorprendido por un chaparrón, había dado con esta morada de aspecto lúgubre, que parecía mecerse con las ráfagas y estar colgada allí como el símbolo mismo de la desolación. Miraba con nostalgia y maldecía interiormente mi suerte, que me condujo a una ruina que no podía ofrecer refugio, aunque la tormenta comenzaba a descargar más seriamente que antes, cuando vi la cabeza de una anciana asomarse por una especie de aspillera y retirarse repentinamente: un minuto después, una voz femenina me llamó desde dentro y, penetrando un pequeño laberinto de zarzas que ocultaba una puerta que no había observado antes —tan hábilmente había logrado el plantador ocultar el arte con la naturaleza—, encontré a la buena dama parada en el umbral, invitándome a refugiarme dentro.

—Acabo de subir desde nuestra cabaña cercana —dijo ella— para cuidar de las cosas, como hago todos los días, cuando empezó a llover. ¿Querréis subir hasta que pase?

Estaba a punto de observar que la cabaña cercana, a riesgo de unas pocas gotas de lluvia, era mejor que una torre en ruinas, y de preguntar a mi amable anfitriona si «las cosas» que había venido a

cuidar eran palomas o cuervos, cuando la estera del suelo y el alfombrado de la escalera me llamaron la atención. Me sorprendí aún más cuando vi la habitación de arriba; y más allá de todo, el cuadro y su singular inscripción, nombrándola invisible a ella, a quien el pintor había coloreado con una visibilidad muy agradable, despertaron mi más viva curiosidad: el resultado de esto, de mi excesiva cortesía hacia la anciana y de su propia locuacidad natural, fue una especie de narración confusa que mi imaginación completó, y futuras indagaciones rectificaron, hasta que asumió la siguiente forma.

Algunos años antes, en la tarde de un día de septiembre que, aunque tolerablemente justo, daba muchas señales de una tarde tempestuosa, un caballero llegó a un pequeño pueblo costero a unas diez millas de este lugar; expresó su deseo de alquilar un bote para que lo llevara a la ciudad de unas quince millas más allá en la costa. Las amenazas que el cielo presentaba hacían que los pescadores fueran reacios a aventurarse, hasta que finalmente dos, uno padre de una familia numerosa, sobornado por la generosa recompensa que el extraño prometió, y el otro, el hijo de mi anfitriona, inducido por la osadía juvenil, acordaron emprender el viaje. El viento era favorable y esperaban avanzar bastante antes del anochecer y llegar a puerto antes de que se desatara la tormenta. Partieron con buen ánimo, al menos los pescadores; en cuanto al extraño, el luto riguroso que vestía no era ni la mitad de negro que la melancolía que envolvía su mente. Parecía como si nunca hubiera sonreído, como si algún pensamiento inefable, oscuro como la noche y amargo como la muerte, hubiera anidado en su pecho y medrara allí eternamente; no mencionó su nombre, pero uno de los aldeanos lo reconoció como Henry Vernon, el hijo de un baronet que poseía una mansión a unas tres millas de distancia de la ciudad a la que se dirigía. Esta mansión estaba casi abandonada por la familia; pero Henry, en un arrebató romántico, la había visitado unos tres años antes, y Sir Peter había estado allí durante la primavera anterior por cerca de un par de meses.

El bote no avanzó tanto como se esperaba; la brisa les falló al salir a mar abierto, y se vieron obligados a usar tanto el remo como la vela para intentar rodear el promontorio que sobresalía entre ellos y el lugar que deseaban alcanzar. Aún estaban muy lejos cuando el viento cambiante comenzó a ejercer su fuerza y a soplar con ráfagas violentas aunque desiguales. La noche cayó oscura como la boca de lobo, y las olas aulladoras se elevaron y rompieron con espantosa violencia, amenazando con abrumar a la diminuta embarcación que se atrevía a resistir su furia. Se vieron forzados a bajar toda vela y tomar los remos; un hombre se vio obligado a achicar el agua, y el propio Vernon tomó un remo y, remando con energía desesperada, igualó la fuerza de los barqueros más experimentados. Había habido mucha conversación entre los marineros antes de que llegara la tempestad; ahora, excepto una breve orden, todos guardaban silencio. Uno pensaba en su esposa e hijos, y maldecía silenciosamente el capricho del extraño que ponía en peligro, con sus efectos, no solo su vida sino el bienestar de ellos; el otro temía menos, pues era un muchacho atrevido, pero trabajaba duro y no tenía tiempo para hablar; mientras Vernon, lamentando amargamente la irreflexión que le había hecho causar que otros compartieran un peligro, sin importancia en ¹lo que a él respectaba, intentaba ahora animarlos con una voz llena de vivacidad y coraje, y tiraba aún con más fuerza del remo que sostenía. La única persona que no parecía totalmente concentrada en el trabajo que realizaba era el hombre que achicaba; de vez en cuando miraba intensamente a su alrededor, como si el mar contuviera a lo lejos, en su tumultuosa inmensidad, algún objeto que esforzaba sus ojos por discernir. Pero todo estaba en blanco, excepto cuando las crestas de las altas olas se mostraban, o muy lejos en el borde del horizonte, una especie de levantamiento de las nubes presagiaba mayor violencia para la ráfaga. Finalmente exclamó:

—¡Sí, lo veo! ¡El remo de babor! ¡Ahora! ¡Si podemos alcanzar aquella luz, estamos salvados!

Ambos remeros giraron instintivamente la cabeza, pero una oscuridad desconsoladora respondió a su mirada.

—No podéis verla —gritó su compañero—, pero nos estamos acercando; y, si Dios quiere, sobreviviremos a esta noche.

Pronto tomó el remo de la mano de Vernon, quien, bastante exhausto, estaba fallando en sus brazadas. Se levantó y buscó el faro que les prometía seguridad; brillaba con un rayo tan tenue que ahora decía «Lo veo» y luego «No es nada»; aun así, a medida que avanzaban, amaneció ante su vista, volviéndose más constante y distinto mientras brillaba a través de las aguas lúgubres, las cuales se volvieron más tranquilas, de modo que la seguridad parecía surgir del seno del océano bajo la influencia de ese destello parpadeante.

—¿Qué faro es ese que nos ayuda en nuestra necesidad? —preguntó Vernon, mientras los hombres, ahora capaces de manejar sus remos con mayor facilidad, encontraban aliento para responder a su pregunta.

—Uno mágico, creo —respondió el marinero mayor—, pero no menos cierto: arde en una vieja torre ruिनosa, construida en la cima de una roca que mira al mar. Nunca la vimos antes de este verano; y ahora cada noche se puede ver, al menos cuando se busca, pues no podemos verla desde nuestro pueblo; y es un lugar tan apartado que nadie tiene necesidad de acercarse, excepto por una casualidad como esta. Unos dicen que lo encienden brujas, otros que contrabandistas; pero sé esto: dos grupos han ido a buscar y no encontraron nada más que las paredes desnudas de la torre. Todo está desierto de día y oscuro de noche; pues no se veía ninguna luz mientras estuvimos allí, aunque ardía con bastante vivacidad cuando estábamos en el mar.

—He oído decir —observó el marinero más joven— que lo enciende el fantasma de una doncella que perdió a su amado por estos lares; habiendo naufragado él y encontrándose su cuerpo al pie de la torre: ella es conocida entre nosotros con el nombre de la «Chica Invisible».

Los viajeros habían llegado ahora al desembarcadero al pie de la torre. Vernon echó una mirada hacia arriba: la luz seguía ardiendo.

Con alguna dificultad, luchando con las rompientes y cegados por la noche, se las arreglaron para llevar su pequeña barca a la orilla y subirla a la playa: luego treparon por el sendero precipitado, cubierto de maleza y matorrales, y, guiados por los pescadores más experimentados, encontraron la entrada a la torre; no había puerta ni reja, y todo estaba oscuro como la tumba, y silencioso y casi tan frío como la muerte.

—Esto nunca servirá —dijo Vernon—; seguramente nuestra anfitriona mostrará su luz, si no a sí misma, y guiará nuestros pasos en la oscuridad con alguna señal de vida y confort.²

—Llegaremos a la cámara superior —dijo el marinero—, si tan solo puedo dar con los escalones derruidos: pero os garantizo que no encontraréis³ rastro de la Chica Invisible ni de su luz.

—Verdaderamente una aventura romántica del tipo más desagradable —murmuró Vernon, mientras tropezaba sobre el terreno desigual—: la dueña de la luz del faro debe ser fea y vieja, o no sería tan malhumorada e inhospitalaria.

Con considerable dificultad, y tras diversos golpes y magulladuras, los aventureros lograron finalmente llegar al piso superior; pero todo estaba vacío y desnudo, y se vieron obligados a estirarse en el duro suelo, cuando el cansancio, tanto de mente como de cuerpo, condujo a sumergir sus sentidos en el sueño.

Largo y profundo fue el sueño de los marineros. Vernon solo se olvidó de sí mismo durante una hora; luego, sacudiéndose la somnolencia y encontrando su áspero lecho poco propicio para el reposo, se levantó y se colocó en el hueco que servía de ventana, pues no había cristal, y al no haber ni siquiera un banco tosco, apoyó la espalda contra la embrasura, como el único descanso que pudo encontrar. Había olvidado su peligro, el misterioso faro y a su guardiana invisible: sus pensamientos estaban ocupados en los horrores de su propio destino y la indecible desdicha que se posaba como una pesadilla en su corazón.

Se requeriría un volumen de buen tamaño para relatar las causas que habían transformado al una vez feliz Vernon en el doliente más afligido que jamás se aferró a los atavíos externos del dolor, como símbolos leves aunque apreciados de la desdicha interior. Henry era el único hijo de Sir Peter Vernon, y tan mimado por la idolatría de su padre como el temperamento violento y tiránico del viejo baronet lo permitía. Una joven huérfana fue educada en la casa de su padre, quien de la misma manera fue tratada con generosidad y amabilidad, y sin embargo vivía con profundo temor a la autoridad de Sir Peter, que era viudo; y estos dos niños eran todo lo que él tenía para ejercer su poder o a quienes extender su afecto. Rosina era una chica de temperamento alegre, un poco tímida y cuidadosa de evitar desagradar a su protector; pero tan dócil, tan bondadosa y tan afectuosa, que sentía incluso menos que Henry el espíritu discordante de su padre. Es una historia contada a menudo; fueron compañeros de juegos en la infancia y amantes en días posteriores. A Rosina le asustaba imaginar que este afecto secreto y los votos que se prometieron pudieran ser desaprobados por Sir Peter. Pero a veces se consolaba pensando que tal vez ella era en realidad la novia destinada de su Henry, criada con él bajo el designio de su futura unión; y Henry, aunque sentía que este no era el caso, resolvió esperar solo hasta ser mayor de edad para declarar y cumplir sus deseos de hacer de la dulce Rosina su esposa. Mientras tanto, tuvo cuidado de evitar el descubrimiento prematuro de sus intenciones, para así asegurar a su amada chica de la persecución y el insulto. El viejo caballero estaba muy convenientemente ciego; vivía siempre en el campo, y los amantes pasaban sus vidas juntos, sin reprensión y sin control. Bastaba con que Rosina tocara su mandolina y cantara para dormir a Sir Peter todos los días después de la cena; ella era la única mujer en la casa por encima del rango de sirvienta, y disponía de su tiempo a su antojo. Incluso cuando Sir Peter fruncía el ceño, sus caricias inocentes y su dulce voz eran poderosas para suavizar la corriente áspera de su temperamento. Si alguna vez un espíritu humano vivió en un paraíso terrenal, Rosina lo hizo en este tiempo: su amor puro era feliz por la presencia constante de Henry; y la confianza que sentían el uno en el otro, y la

seguridad con la que miraban hacia el futuro, hacían de su camino uno de rosas bajo un cielo sin nubes. Sir Peter era el pequeño inconveniente que solo hacía sus *tête-à-tête* más deliciosos y daba valor a la simpatía que cada uno otorgaba al otro.

De repente, un personaje ominoso hizo su aparición en Vernon-Place, en la forma de una hermana viuda de Sir Peter, quien, habiendo logrado matar a su marido e hijos con los efectos de su vil temperamento, vino, como una arpía codiciosa de nueva presa, bajo el techo de su hermano. Ella detectó demasiado pronto el apego de la pareja desprevenida. Se apresuró a impartir su descubrimiento a su hermano, y a la vez a restringir e inflamar su rabia. A través de su artificio, Henry fue despachado repentinamente en sus viajes al extranjero, para que el terreno quedara despejado para la persecución de Rosina; y entonces el más rico de los muchos admiradores de la encantadora muchacha, a quien, bajo el reinado único de Sir Peter, se le permitía, e incluso casi se le ordenaba despedir, tan deseoso estaba él de conservarla para su propia comodidad, fue seleccionado, y se le ordenó casarse con él. Las escenas de violencia a las que ahora estaba expuesta, las amargas burlas de la odiosa Sra. Bainbridge y la furia imprudente de Sir Peter, eran tanto más espantosas y abrumadoras por su novedad. A todo ello solo podía oponer una firmeza de propósito silenciosa, llena de lágrimas pero inmutable: ninguna amenaza, ninguna rabia podía arrancarle más que una conmovedora súplica de que no la odiaran, porque no podía obedecer.

—Debe haber algo que no vemos bajo todo esto —dijo la Sra. Bainbridge—, confía en mi palabra, hermano; ella se escribe secretamente con Henry. Llémosla a tu residencia en Gales, donde no tendrá mendigos pensionados que la ayuden; y veremos si su espíritu no se doblega a nuestro propósito.

Sir Peter consintió, y los tres viajaron rápidamente al condado de ---, y se instalaron en la casa solitaria y de aspecto lúgubre antes aludida como perteneciente a la familia. Aquí los sufrimientos de la pobre Rosina se volvieron intolerables: antes, rodeada de escenas

conocidas y en trato perpetuo con rostros amables y familiares, no había desesperado de conquistar al final con su paciencia la crueldad de sus perseguidores; tampoco había escrito a Henry, pues su nombre no había sido mencionado por sus parientes, ni su apego aludido, y sentía un deseo instintivo de escapar de los peligros que la rodeaban sin que él fuera molestado, o sin que el secreto sagrado de su amor fuera expuesto y agraviado por el abuso vulgar de su tía o las amargas maldiciones de su padre. Pero cuando fue llevada a Gales y hecha prisionera en su apartamento, cuando las montañas de pedernal a su alrededor parecían imitar débilmente los corazones de piedra con los que tenía que tratar, su coraje comenzó a fallar. La única asistente a la que se le permitía acercarse era la doncella de la Sra. Bainbridge; y bajo la tutela de su diabólica ama, esta mujer fue utilizada como señuelo para atraer a la pobre prisionera a la confianza, y luego ser traicionada. La sencilla y bondadosa Rosina fue una víctima fácil y, finalmente, en el exceso de su desesperación, escribió a Henry y le dio la carta a esta mujer para que la enviara. La carta en sí misma habría ablandado el mármol; no hablaba de sus votos mutuos, solo le pedía que intercediera ante su padre, para que le devolviera el lugar amable que antes ocupaba en sus afectos y cesara una crueldad que la destruiría. «Porque puedo morir», escribió la desventurada chica, «pero casarme con otro... ¡nunca!». Esa sola palabra, en efecto, había bastado para traicionar su secreto, si no hubiera sido ya descubierto; tal como fue, dio mayor furia a Sir Peter, cuando su hermana se la señaló triunfalmente, pues apenas hace falta decir que mientras la tinta de la dirección aún estaba húmeda, y el sello aún caliente, la carta de Rosina fue llevada a esta señora. La culpable fue convocada ante ellos; lo que siguió nadie podría decirlo; por su propio bien, la cruel pareja intentó paliar su parte. Las voces se elevaron, y el suave murmullo del tono de Rosina se perdió en los aullidos de Sir Peter y los gruñidos de su hermana.

—Fuera de casa irás —rugió el anciano—; bajo mi techo no pasarás otra noche.

Y las palabras «infame seductora», y peores, tales como nunca antes habían llegado al oído de la pobre chica, fueron captadas por

sirvientes que escuchaban; y a cada discurso iracundo del baronet, la Sra. Bainbridge añadía una punta envenenada peor que todo.

Más muerta que viva, Rosina fue finalmente despedida. Si guiada por la desesperación, si tomó las amenazas de Sir Peter literalmente, o si las órdenes de su hermana fueron más decisivas, nadie lo sabía, pero Rosina dejó la casa; un sirviente la vio cruzar el parque, llorando y retorciéndose las manos mientras iba. Qué fue de ella nadie pudo decirlo; su desaparición no fue revelada a Sir Peter hasta el día siguiente, y entonces mostró por su ansiedad por rastrear sus pasos y encontrarla, que sus palabras no habían sido más que amenazas vanas. La verdad era que, aunque Sir Peter llegaba a extremos espantosos para impedir el matrimonio del heredero de su casa con la huérfana sin dote, el objeto de su caridad, en su corazón amaba a Rosina, y la mitad de su violencia hacia ella surgía de la ira consigo mismo por tratarla tan mal. Ahora el remordimiento comenzaba a agujonearlo, mientras mensajero tras mensajero regresaba sin noticias de su víctima; no se atrevía a confesar sus peores temores a sí mismo; y cuando su inhumana hermana, tratando de endurecer su conciencia con palabras airadas, gritó: «La vil zorra seguramente se ha suicidado por venganza hacia nosotros», un juramento, el más tremendo, y una mirada suficiente para hacerla temblar incluso a ella, ordenaron su silencio. Su conjetura, sin embargo, parecía demasiado cierta: una corriente oscura y rápida que fluía en el extremo del parque indudablemente había recibido la forma encantadora y extinguido la vida de esta desafortunada chica. Sir Peter, cuando sus esfuerzos por encontrarla resultaron infructuosos, regresó a la ciudad, perseguido por la imagen de su víctima, y forzado a reconocer en su propio corazón que daría su vida de buena gana si pudiera verla de nuevo, aunque fuera como la esposa de su hijo; su hijo, ante cuyo interrogatorio se acobardó como el más cobarde de los cobardes; pues cuando a Henry se le comunicó la muerte de Rosina, regresó repentinamente del extranjero para preguntar la causa, para visitar su tumba y llorar su pérdida en las arboledas y valles que habían sido escenario de su felicidad mutua. Hizo mil preguntas, y un silencio ominoso fue la

única respuesta. Volviéndose más serio y más ansioso, finalmente extrajo de sirvientes y dependientes, y de su odiosa tía misma, toda la terrible verdad. Desde ese momento la desesperación golpeó su corazón y la miseria lo nombró suyo. Huyó de la presencia de su padre; y el recuerdo de que alguien a quien debía reverenciar fuera culpable de un crimen tan oscuro le perseguía, como antiguamente las Euménides atormentaban las almas de los hombres entregados a sus torturas.

Su primer, su único deseo, era visitar Gales y saber si se había hecho algún nuevo descubrimiento, y si era posible recuperar los restos mortales de la perdida Rosina, para así satisfacer los anhelos inquietos de su miserable corazón. En esta expedición se hallaba cuando hizo su aparición en el pueblo antes nombrado; y ahora en la torre desierta, sus pensamientos estaban ocupados con imágenes de desesperación y muerte, y lo que su amada había sufrido antes de que su naturaleza gentil fuera empujada a tal acto de dolor.

Mientras estaba inmerso en un sombrío ensueño, al que el rugido monótono del mar hacía de acompañamiento adecuado, las horas volaron, y Vernon se dio cuenta por fin de que la luz de la mañana se arrastraba desde su retiro oriental y amanecía sobre el océano salvaje, que todavía rompía en tumulto furioso en la playa rocosa. Sus compañeros se desperezaron entonces y se prepararon para partir. La comida que habían traído estaba dañada por el agua de mar, y su hambre, tras un duro trabajo y muchas horas de ayuno, se había vuelto voraz. Era imposible hacerse a la mar en su bote destrozado; pero había una cabaña de pescadores a unas dos millas de distancia, en un recodo de la bahía, del cual el promontorio donde se alzaba la torre formaba un lado, y hacia allí se apresuraron a dirigirse; no dedicaron un segundo pensamiento a la luz que los había salvado, ni a su causa, sino que abandonaron la ruina en busca de un asilo más hospitalario. Vernon echó una mirada alrededor mientras salía, pero ningún vestigio de habitante se encontró con sus ojos, y comenzó a persuadirse de que el faro había sido meramente una creación de la fantasía. Al llegar a la cabaña en cuestión, que estaba habitada por un pescador y su familia, tomaron

un desayuno casero y luego se prepararon para regresar a la torre, reparar su bote y, si era posible, traerlo de vuelta. Vernon los acompañó, junto con su anfitrión y su hijo. Se hicieron varias preguntas sobre la Chica Invisible y su luz, coincidiendo todos en que la aparición era novedosa, y ninguno siendo capaz de dar siquiera una explicación de cómo el nombre se había fijado a la causa desconocida de esta singular aparición; aunque ambos hombres de la cabaña afirmaron que una o dos veces habían visto una figura femenina en el bosque adyacente, y que de vez en cuando una chica desconocida hacía su aparición en otra cabaña a una milla de distancia, al otro lado del promontorio, y compraba pan; sospechaban que ambas eran la misma, pero no podían asegurarlo. Los habitantes de la cabaña, de hecho, parecían demasiado estúpidos incluso para sentir curiosidad, y nunca habían hecho ningún intento de descubrimiento. Todo el día lo pasaron los marineros reparando el bote; y el sonido de los martillos, y las voces de los hombres trabajando, resonaban a lo largo de la costa, mezclados con el embate de las olas. No era momento de explorar la ruina en busca de alguien que, ya fuera humano o sobrenatural, tan evidentemente se retiraba del trato con todo ser vivo. Vernon, sin embargo, recorrió la torre y buscó en cada rincón en vano; las paredes desnudas y lúgubres no daban señales de servir de refugio; e incluso un pequeño hueco en la pared de la escalera, que no había observado antes, estaba igualmente vacío y desolado.

Al salir de la torre, vagó por el pinar que la rodeaba y, renunciando a todo pensamiento de resolver el misterio, pronto se vio absorto en pensamientos que tocaban su corazón más de cerca, cuando de repente apareció en el suelo, a sus pies, la visión de una zapatilla. Desde Cenicienta nunca se había visto una zapatilla tan diminuta; tan claro como un zapato podía hablar, contaba una historia de elegancia, encanto y juventud. Vernon la recogió; a menudo había admirado el pie singularmente pequeño de Rosina, y su primer pensamiento fue preguntarse si esta pequeña zapatilla le habría servido. ¡Era muy extraño! ¡Debía pertenecer a la Chica Invisible! Entonces había una forma mágica que encendía esa luz,

una forma de sustancia tan material que su pie necesitaba ser calzado; y sin embargo, ¿cómo calzado? ¡Con cabritilla tan fina, y de forma tan exquisita, que se parecía exactamente a las que Rosina usaba! De nuevo la recurrencia de la imagen de la amada muerta le asaltó con fuerza; y mil asociaciones familiares, infantiles pero dulces, y propias de amantes aunque triviales, llenaron tanto el corazón de Vernon, que se arrojó cuan largo era en el suelo y lloró más amargamente que nunca el destino miserable de la dulce huérfana.

Por la tarde los hombres dejaron su trabajo, y Vernon regresó con ellos a la cabaña donde iban a dormir, con la intención de proseguir su viaje, si el tiempo lo permitía, a la mañana siguiente.

Vernon no dijo nada de su zapatilla, sino que regresó con sus rudos compañeros. A menudo miraba hacia atrás; pero la torre se alzaba oscuramente sobre las olas tenues, y ninguna luz aparecía. Se habían hecho preparativos en la cabaña para su acomodo, y la única cama en ella fue ofrecida a Vernon; pero él se negó a privar a su anfitriona y, extendiendo su capa sobre un montón de hojas secas, se esforzó por entregarse al reposo. Durmió durante algunas horas; y cuando despertó, todo estaba tranquilo, salvo que la respiración fuerte de los durmientes en la misma habitación con él interrumpía el silencio. Se levantó y, yendo a la ventana, miró hacia el mar ahora plácido, hacia la torre mística; la luz ardía allí, enviando sus delgados rayos a través de las olas. Felicitándose por una circunstancia que no había anticipado, Vernon salió suavemente de la cabaña y, envolviéndose en su capa, caminó a paso rápido alrededor de la bahía hacia la torre. Llegó a ella; la luz seguía ardiendo. Entrar y devolver a la doncella su zapato no sería más que un acto de cortesía; y Vernon pretendía hacer esto con tal cautela como para llegar desprevenido, antes de que su portadora pudiera, con sus artes habituales, retirarse de sus ojos; pero, desafortunadamente, mientras aún se abría camino por el estrecho sendero, su pie desalojó un fragmento suelto, que cayó con estruendo y sonido precipicio abajo. Saltó hacia adelante, ante esto, para recuperar con velocidad la ventaja que había perdido por este

desafortunado accidente. Llegó a la puerta; entró: todo estaba en silencio, pero también todo estaba oscuro. Se detuvo en la habitación de abajo; estaba seguro de que un ligero sonido llegó a su oído. Subió los escalones y entró en la cámara superior; pero una oscura negrura se encontró con su mirada penetrante, la noche sin estrellas no admitía ni siquiera un resplandor crepuscular a través de la única abertura. Cerró los ojos, para intentar, al abrirlas de nuevo, ser capaz de captar algún rayo débil y errante en el nervio visual; pero fue en vano. Tanteó alrededor de la habitación: se quedó quieto y contuvo la respiración; y entonces, escuchando atentamente, estuvo seguro de que otro ocupaba la cámara con él, y de que su atmósfera estaba ligeramente agitada por la respiración de otro. Recordó el hueco en la escalera; pero, antes de acercarse a él, habló; dudó un momento qué decir.

—Debo creer —dijo— que solo la desgracia puede causar vuestra reclusión; y si la ayuda de un hombre, de un caballero...

Una exclamación le interrumpió; una voz desde la tumba pronunció su nombre; los acentos de Rosina articularon:

—¡Henry! ¿Es verdaderamente a Henry a quien escucho?

Él se precipitó hacia adelante, dirigido por el sonido, y estrechó en sus brazos la forma viva de su propia chica lamentada, su propia Chica Invisible la llamó; pues incluso ahora, mientras sentía su corazón latir cerca del suyo, y mientras rodeaba su cintura con el brazo, sosteniéndola mientras casi se hundía en el suelo por la agitación, no podía verla; y, como sus sollozos le impedían hablar, ningún sentido, sino el instintivo que llenaba su corazón de alegría tumultuosa, le dijo que la forma esbelta y consumida que presionaba tan cariñosamente era la sombra viviente de la belleza de Hebe que había adorado.

La mañana vio a esta pareja, así extrañamente restituida el uno al otro, en el mar tranquilo, navegando con viento favorable hacia L—, desde donde debían proceder a la residencia de Sir Peter, que, tres meses antes, Rosina había abandonado con tal agonía y terror. La

luz de la mañana disipó las sombras que la habían velado y reveló la hermosa persona de la Chica Invisible. Alterada estaba, en efecto, por el sufrimiento y la pena, pero aún la misma dulce sonrisa jugaba en sus labios, y la tierna luz de sus suaves ojos azules era toda suya. Vernon sacó la zapatilla y mostró la causa que le había llevado a resolver descubrir al guardián del faro místico; incluso ahora no se atrevía a preguntar cómo había existido ella en ese lugar desolado, o por qué había evitado tan asiduamente la observación, cuando lo correcto hubiera sido buscarlo inmediatamente a él, bajo cuyo cuidado, protegido por cuyo amor, ningún peligro debía temerse. Pero Rosina se encogió ante él mientras hablaba, y una palidez mortal cubrió su mejilla, mientras susurraba débilmente:

—¡La maldición de tu padre... las terribles amenazas de tu padre!

Parecía, en efecto, que la violencia de Sir Peter y la crueldad de la Sra. Bainbridge habían logrado infundir en Rosina un terror salvaje e invencible. Había huido de su casa sin plan ni previsión; impulsada por un horror frenético y un miedo abrumador, se había marchado sin apenas dinero, y no le parecía haber posibilidad ni de regresar ni de seguir adelante. No tenía ningún amigo excepto Henry en el vasto mundo; ¿adónde podía ir? Haber buscado a Henry habría sellado sus destinos a la miseria; pues, con un juramento, Sir Peter había declarado que preferiría verlos a ambos en sus ataúdes antes que casados. Después de vagar, escondiéndose de día y aventurándose solo de noche, había llegado a esta torre desierta, que parecía un lugar de refugio. Cómo había vivido desde entonces apenas podía decirlo; había merodeado por los bosques de día, o dormido en la bóveda de la torre, un asilo que nadie conocía o había descubierto: por la noche quemaba las piñas del bosque, y la noche era su momento más querido; pues le parecía que la seguridad llegaba con la oscuridad. No sabía que Sir Peter había dejado esa parte del país, y estaba aterrorizada de que su escondite le fuera revelado. Su única esperanza era que Henry regresara, que Henry nunca descansara hasta haberla encontrado. Confesó que el largo intervalo y la llegada del invierno la habían llenado de consternación; temía que, al fallarle las fuerzas y consumirse su cuerpo hasta

quedar en los huesos, pudiera morir y no volver a ver a su propio Henry nunca más.

Una enfermedad, de hecho, a pesar de todos sus cuidados, siguió a su restauración a la seguridad y las comodidades de la vida civilizada; pasaron muchos meses antes de que, volviendo el color a sus mejillas y recuperando sus miembros su redondez, se pareciera una vez más al cuadro pintado de ella en sus días de dicha, antes de cualquier visita del dolor. Fue una copia de este retrato la que decoró la torre, el escenario de su sufrimiento, en la que yo había encontrado refugio. Sir Peter, lleno de alegría por verse aliviado de los remordimientos, y encantado de ver de nuevo a su pupila huérfana, a quien realmente amaba, estaba ahora tan ansioso como antes había sido reacio a bendecir su unión con su hijo: a la Sra. Bainbridge nunca la volvieron a ver. Pero cada año pasaban unos meses en su mansión de Gales, el escenario de su temprana felicidad conyugal, y el lugar donde de nuevo la pobre Rosina había despertado a la vida y la alegría tras sus crueles persecuciones. El cariñoso cuidado de Henry había acondicionado la torre y la había decorado tal como la vi; y a menudo venía él, con su «Chica Invisible», para renovar, en el mismo escenario de su ocurrencia, el recuerdo de todos los incidentes que habían llevado a su reencuentro, durante las sombras de la noche, en esa ruina apartada.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB